

ELLORA'S CAVE PRESENTA

LOS CAVERNICOLAS
DE
ELLORA
CUENTOS LEGENDARIO I

ELIZABETH LAPHORNE
LYNN LAFLEUR
B.J. MCCALL
CRICKET STARR
CALLISTA ARMAN
CHARLOTTE BOYETT-COMPO

Una publicación de Ellora's Cave



www.ellorascave.com

Los Cavernícolas de Ellora: Cuentos de Legendaro I.

ISBN # 1-4199-9009-8

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

El impostor © 2005 Callista Arman

Rompiendo las reglas © 2005 B.J. McCall

Abducción © 2005 Lynn LaFleur

La novia del piloto de la oscuridad © 2005 Cricket Starr

El Club de los Mirécoles © 2005 Charoltte Boyette-Compo

Eposas de amor © 2005 Elizabteh Laphthorne

Editado por Raelene Gorlinsky.

Arte de portada Darrell King.

Traducido por Mondial Translations and Interpreting, Inc.

Publicación del libro electrónico: mez de 2005

Publicación del libro electrónico en Español: mez de 2006

Este libro no se puede reproducir total ni parcialmente sin autorización de Ellora's Cave Publishing @ 1056 Home Avenue, Akron, OH 44310-3502.

Ésta es una obra de ficción y cualquier semejanza con personas, vivas o fallecidas, o lugares, eventos o escenarios es puramente fortuita. Todo es producto de la imaginación de los autores y se emplea en forma ficticia.

Advertencia:

El siguiente material incluye contenido sexual gráfico para lectores adultos. Esta historia ha sido calificada como una obra de contenido S (sensual) y E (Erótica) por un mínimo de tres críticos independientes.

Ellora's Cave Publishing ofrece tres niveles de lectura Romántica™ de entretenimiento: S (sensual), E (erótica) y, X (extrema).

Las escenas de amor sensuales son explícitas y no dejan nada librado a la imaginación.

Las escenas de amor de contenido erótico son explícitas, no dejan nada librado a la imaginación y el volumen de las palabras es elevado por la frecuencia de las mismas. Además, es posible que algunos títulos calificados como E incluyan material de fantasía que ciertos lectores podrían considerar objetable, como: prácticas sexuales sadomasoquistas, sumisión, encuentros homosexuales y lésbicos, seducciones forzadas, etc. Los títulos calificados como E son nuestros títulos más gráficos; es habitual, por ejemplo, que el autor utilice palabras como "coger", "pija", "concha", "verga", "cogiendo", etc., en su obra.

Los títulos calificados como extremos se diferencian de los eróticos sólo en cuanto a la premisa argumental y la ejecución del guión. A diferencia de los títulos calificados como eróticos, las historias señaladas con la letra X tienden a incluir contenido controvertido no adecuado para personas tímidas.

LOS CAVERNÍCOLAS DE ELLORA:

CUENTOS DE LEGENDARIO I

El Impostor

De Callista Arman

Rompiendo las reglas

De B.J. McCall2

Abducción

De Lynn LaFleur

La novia del piloto de la oscuridad

De Cricket Starr

El Club de los Miércoles

De Charlotte Boyette-Compo

Esposas de amor

De Elizabeth Lapthorne

EL IMPOSTOR

Callista Arman

Capítulo uno

La boca de él cubrió el pezón de ella, chupando intensamente a través de la barrera de la sábana blanca. El cuerpo de ella se arqueó hacia su calor, aun cuando su mente luchaba para resistirse. Él era un marginado. Ella era la hija de su enemigo.

Ésta era su venganza.

Unos dedos ásperos marcaban los muslos desnudos de ella, exploraban entre sus rizos. Invadían su concha, desparramaban su humedad por su clítoris. Ella respiraba con pequeñas bocanadas mecánicas mientras él rodeaba su sensible protuberancia con sus dedos fuertes y callosos. El vientre de ella ardió en llamas. Estas se esparcieron velozmente por sus venas, encendiendo el deseo en cada fibra de su ser.

Ella se mordió el labio, para no humillarse al rogar por más.

“Abre más tus piernas, muchacha”.

“No”, susurró ella. Quien habló por ella fue su último dejo de orgullo.

Los dedos de él entraron en ella lentamente, se retorcieron y se flexionaron, haciéndola boquear por el exquisito placer que le daba. Un extraño indicio de una sonrisa torció los labios de él. Luego retiró la mano, dejándola vacía.

La puso de pie, agarrándola de la muñeca. “Desvístete, muchacha”. Sus ojos, oscuros y pecaminosos, la desafiaban a que se rehusara.

Ella obedeció con las manos temblorosas. Nunca se había desvestido completamente en presencia de un hombre, y ahora...

Su mirada oscura nunca titubeó mientras sus prendas se deslizaban, una a una, hacia el piso de tablones mal cortados. Ella se estremeció, pero no fue el miedo el que la hizo temblar. Ni el frío.

Fue la expectativa.

* * * * *

“¿Crees que deberíamos bajar nuestros precios?”.

Raye MacLeod movió las caderas hacia la embestida de su marido, haciendo lo mejor de sí por ignorar su pregunta en voz baja. Desentonaba tanto con su fantasía.

“Bueno, ¿lo crees?”.

Ella abrió un ojo.

Ian soportaba el peso de su delgado cuerpo con sus rígidos brazos y la miraba. Él arrugó el ceño mientras movía las caderas. “Una reducción del diez por ciento nos daría la ventaja que necesitamos. Por otra parte...”. El se apartó hasta que la cabeza de su verga excitaba los labios externos de su concha.

Raye lo agarró del trasero, empujándolo otra vez hacia su cuerpo. “No puedo creer que me estés preguntando esto justo ahora”.

“Me ha estado dando vueltas por la mente”.

“¿No podemos dejarlo para después?”. Raye cerró fuertemente los ojos, desesperada por recapturar la intensidad de su fantasía. Una fantasía en la que Kieran MacKenzie –terrateniente desposeído del Clan MacKenzie y dueño de la verga más grande y más mala de toda la Escocia medieval– desfloraba a Tess, la hija virgen de su enemigo más odiado.

Era una escena de la novela erótica favorita de Raye, *Pasiones en las Montañas Escocesas*.

Ian se deslizó hacia afuera. “El texto del aviso estará listo en la imprenta esta tarde”.

Las esperanzas de Raye de tener un orgasmo se derritieron como su desvaneciente ensoñación. Muy bien, así que después de cinco años y medio de matrimonio, el sexo con Ian era un poco rutinario. Eso era de esperarse. ¿Pero *tenía* que sacar el tema del bar justo ahora? Había estado tan cerca de acabarse. Maldición.

Kieran MacKenzie *jamás* hablaría del trabajo durante el sexo.

“Si no hacemos algo para seducir a nuestra clientela para que vuelva”, dijo Ian, “sería casi mejor ni abrir”.

“Bueno, bueno”. Los últimos arrebatos de excitación de Raye se esfumaron. Ella e Ian habían puesto los ahorros de toda su vida en ‘Café y Panecillos’, un café muy moderno en el límite del distrito histórico. El tema escocés había sido idea de Raye; Ian había sugerido una decoración de selva tropical. Les fue muy bien durante un par de meses, hasta que la cadena nacional ‘Café Estrella’ abrió un megabar a menos de una milla de distancia, justo en la esquina de Broad y Main. *Con* estacionamiento. Así como así, el resultado del balance de ‘Café y Panecillos’ se había vuelto de un brillante y desagradable color rojo.

Si Ian y Raye no podían dirigir un parte del tráfico sediento hacia el interior de sus puertas con picaportes de bronce, iban directo a la bancarrota.

“Sí, tendremos que bajar nuestros precios”, dijo ella.

“¿Qué te parece hacer un día en el que si compras uno te llevas otro gratis, para el grupo de estudiantes?”. Preguntó Ian. Él dejó caer la cabeza en el doblez del hombro de Raye y aceleró el ritmo de sus embates. “Quizás hasta podría sacar la gaita de mi abuelo”.

Raye gimió, pero no de placer. Ella amaba todo lo escocés –a su marido, más que nada– pero Ian no tenía ningún talento para la gaita.

“Queremos atraer clientes, no hacer que se vayan”, le dijo ella.

Ian rió por lo bajo.

Ella le acarició el costado del cuello con la nariz. “Olvida la gaita. Pero *sí* podrías vestirte con la ropa típica de las montañas escocesas que te compré”.

Él gruñó. “De ninguna manera. No me voy a poner una falda”.

“Es una kilt, no una falda”.

“Es lo mismo”. Un delicado estremecimiento reverberó por el cuerpo de él. “Dios, Raye, estoy cerca”.

Entonces él dejó de hablar, gracias a Dios. Raye se concentró en coincidir con el ritmo de sus embates cada vez más profundos. Una sensación suavemente placentera la invadió, pero no se parecía en nada a lo que solía ser. Cuando ella e Ian estuvieron juntos por primera vez, él le dio un estremecedor orgasmo tras otro. Pero ahora...

Ahora necesitaba fantasear con Kieran MacKenzie para ayudarse a acabar.

Pasó los dedos por entre los oscuros rizos de su marido. Era una pena que no se pudiera acabar sin una fantasía. Cerró los ojos y trató de perderse en la sensación de la verga de Ian deslizándose dentro de ella. Unos pocos embates más tarde, se dio por vencida. Simplemente no sucedía.

Tess nunca tuvo este problema con Kieran en *Pasiones en las Montañas Escocesas*.

Pero Raye no estaba casada con un guerrero de las montañas de la Escocia medieval. Ni remotamente. Ian era un contador. Pero en este momento, sus lentes de marco de metal estaban lejos sobre la cómoda y su camisa siempre abrochada estaba en el suelo. Con el orgasmo viento en popa que afilaba los rasgos de él, ella casi podía imaginar la pasión de sus temibles ancestros escoceses ardiendo en sus venas.

Los ojos de él se pusieron vidriosos. Sus brazos se flexionaron alrededor de ella y su torso se puso rígido. Luego cobró vida, bombeando dentro de la concha de Raye con embates cortos y profundos, gimiendo su nombre mientras chorreaba de placer. Luego sus brazos cedieron y todo su peso tibio colapsó sobre ella, hundiéndola en el colchón.

Raye le besó el cuello y acarició sus hombros brillosos de sudor, pero no pudo reprimir un diminuto suspiro. ¿Por qué era que el hombre podía acabarse siempre, sin importar qué pasara? No era justo.

Ian rodó hacia un lado y le hizo una breve sonrisa de lado. “Siento que no lo hayas logrado a tiempo”, le dijo. “¿Quieres que te haga acabar con el vibrador?”.

Raye se incorporó sobre los codos y miró el reloj. “No. Abriremos tarde si no salimos de aquí pronto”. Y sólo Dios sabía que no podían darse el lujo de perder ni un solo cliente.

“Más tarde, entonces”. Ian se levantó de la cama y caminó hacia el baño.

Raye lo miró. Su esposo tenía un lindo trasero. Además era alto, lo resultaba ser era otra ventaja, y su torso era sólido, pero no demasiado musculoso. No mucho tiempo atrás, el sólo pensar en ponerle las manos encima a Ian la excitaba como loca. Ahora se pasaba catorce horas al día de pie, vendiendo café de marca. Preferiría una hora de sueño a una hora de sexo cualquier día de la semana.

Pero para ser honestos, una hora de lectura le ganaba a cualquiera de las dos opciones. No importaba qué tan estresada estuviera; una novela erótica bien escrita siempre la hacía sentir mejor. Especialmente cuando el héroe era Kieran MacKenzie.

Ian abrió la ducha. Ella jugueteó con la idea de unirse a él. Ella podría convencerlo de que le diera ese orgasmo que le había prometido. O...

Abrió el cajón de la mesita de luz y deslizó su copia con las páginas marcadas de *Pasiones en las Montañas Escocesas*.

El hambre en la mirada de Kiernan hizo que el corazón de Tess latiera con fuerza. Tardíamente, ella se cuestionó si había sido prudente haber ido a encontrarse con él en la casa de campo abandonada. Trató de cubrir su desnudez con las manos.

Kieran la tomó de las muñecas y le separó bien los brazos. "No, muchacha. No dejaré que te escondas. Tú me perteneces ahora".

Raye dio un pequeño suspiro. *Tú me perteneces ahora. ¡Qué increíblemente romántico! ¿Cómo sería pertenecer a un hombre así? Sonriendo, dio vuelta la página.*

Kieran arrojó su manta escocesa. Tess casi se quedó sin aliento al verlo. Sus fuertes brazos estaban endurecidos con músculos y tendones. Su pecho era ancho y musculoso, cruelmente marcado con lo que parecía una vieja herida de cuchillo.

Ella bajó la mirada. ¡Santo cielo! Las muchachas de la cocina no habían exagerado. La verga de Kieran era enorme.

"Sobre la cama, muchacha".

Ella no pudo más que obedecerle.

* * * * *

"Eh, chica, ¿qué tienes ahí abajo? ¿Una revista porno?"

Raye levantó bruscamente la cabeza mientras deslizaba *Pasiones en las Montañas Escocesas* sobre una repisa debajo del mostrador. "Angie. Disculpa. No te escuché entrar".

La mejor amiga de Raye golpeteó sus uñas arregladas a la francesa sobre el mostrador. "No entiendo cómo puedes no haber oído el barullo. Tienes más campanillas en la puerta de tu negocio que Santa en su trineo".

"Sí, lo sé. Ian las puso allí para que podamos escuchar cuando se abre la puerta si estamos en el fondo".

Angie sonrió con suficiencia. "¿En el fondo, haciendo qué?"

"No lo que tú estás pensando, eso es seguro".

"Qué mal. ¿Está allá atrás ahora tu apetecible marido?"

"Sí".

"Bueno, ¿por qué no lo arrinconas detrás de una pila de cajas y...?"

"Ah, claro".

"¿Por qué no? Ustedes solían ser salvajes. ¿Te acuerdas de esa vez en el lago, cuando estaban de novios?"

“Ya no es más así”. Raye hizo una mueca mientras le servía a Angie su sacudón regular de cafeína: tostado de Edimburgo, sin leche. Levantó la vista para ver que su amiga la miraba con una expresión compasiva.

“¿Quieres hablar de eso?”.

“No. Estoy bien. Es sólo que...”.

“¿Qué?”.

Ella apoyó los codos sobre el mostrador. “Amo a Ian, no me malinterpretes”.

Angie levantó sus cejas depiladas. “¿Pero?”.

“Pero es tan *tolerante*. A veces sólo desearía que fuera, tú sabes, más macho. Que tomara la iniciativa”. Raye meneó la cabeza. “Él me pregunta qué opino para todo”.

“Pensé que te gustaba eso de él”.

“Me gustaba. Es decir, me gusta. Algunas veces”.

Tres terrones de azúcar se hundieron en el café de Angie. “¿Y las otras veces?”.

“Las otras veces siento ganas de gritar. Hay días en que vendería mi alma por un tipo que se imponga”.

Su amiga resopló. “Tu odiarías eso”.

“No, no lo haría. Me encantaría”. Raye hizo una seña con la cabeza hacia la bandeja de pasteles. “¿Deseas algo con tu cafeína?”.

“Sí. Los panecillos cubiertos de chocolate se ven buenos. Comeré dos”.

“No sé cómo haces para mantenerte tan esquelética”, se quejó Raye mientras depositaba los pasteles en un plato.

“Está en los genes. ¿Cuánto te debo?”.

“Olvídalo”.

“De ninguna manera. No puedes darte el lujo de regalar tu inventario”.

Raye suspiró. “Dudo seriamente que dos panecillos salven o hundan el resultado del balance”. Ella hizo una pausa. “¿Pasaste por ‘Café Estrella’ en el camino?”.

“Sí”.

“¿Repleto?”.

“Hasta la manija”. Angie miró su reloj. “Ay, mierda, son casi las nueve y no puedo darme el lujo de llegar tarde al trabajo, otra vez”. Se dirigió a la puerta.

Raye se quedó mirando el café vacío por un instante, luego sacó *Pasiones en las Montañas Escocesas*. Casi podía sentir el marcado acento escocés de Kieran MacKenzie haciéndole cosquillas en la oreja.

“Eres un sueño, muchacha”.

Kieran le dio un beso caliente justo debajo de la oreja de Tess. Ella tembló. Él había extendido su manta sobre el colchón relleno de paja. La lana, aún tibia por su cuerpo, raspaba la piel desnuda de ella y le enviaba oleadas de placer caliente al dulce lugar entre sus piernas. Le besó el

costado del cuello. Su áspera barba incipiente le raspaba la suave piel. Las manos de él cubrieron sus senos y levantaron uno, luego el otro.

Él la miraba a la cara mientras sus pulgares pasaban sobre los sensibilizados picos. “Te gusta eso, ¿no, muchacha?”.

“Sí”, dijo ella jadeando. Sus caderas se levantaron, invitándolo. Él tiró de ella para acercarla, mientras sus manos posicionaban el cuerpo de ella para la invasión.

A ella la sacudió un escalofrío de aprensión. Su verga era tan grande, tan dura. Las muchachas del servicio se reían tontamente porque Kieran tenía el miembro más grande de toda Escocia. Mirándolo ahora, a Tess le hizo acordar al semental favorito de su padre.

¡Santo cielo! ¿Entraría la verga de Kiernan por su pasadizo virgen?

“Ah, no te preocupes por eso”, murmuró Raye en voz alta. “Entrará. Siempre lo hace. Sólo espera y verás”.

Ella se movió, sintiendo calor de repente. Y sintiéndose excitada. Sus muslos estaban húmedos debajo de su pollera tableada de tartán. Aturdida, levantó la vista del libro y miró la puerta que llevaba a la habitación trasera del bar. Ian estaba allí adentro, pegado a su computadora portátil, tratando de trazar el rumbo por un mar de tinta roja.

Ella miró hacia la puerta que daba a la calle. No había clientes a la vista, y era probable que no hubiera ninguno antes del almuerzo. E incluso si alguien *sí* entraba, estaban todas esas campanillas que le harían saber.

Guardó *Pasiones en las Montañas Escocesas* debajo del mostrador. Rápidamente, se desató el delantal y se fue para el fondo en puntas de pie. Cuando llegó a la puerta al final del área de ventas, hizo una pausa. No había ventanas en el depósito, y hacer el amor debajo de unas estridentes luces fluorescentes no le pareció demasiado sexy. Volviendo sobre sus pasos, tomó una vela votiva de un exhibidor y un encendedor del cajón cercano a la caja. Así armada, empujó la puerta a la habitación del fondo.

Ian estaba de espaldas. Estaba encorvado sobre su escritorio de segunda mano, golpeteando sobre el teclado de su computadora portátil, con boletas y otros papeles desparramados por todos lados. Raye encendió su vela y la puso sobre una pila de cajas. Luego apagó las luces, dejando sólo el destello de la llamita de la vela.

Ah y también el destello de la computadora portátil de Ian. No lo había tenido en cuenta.

La cabeza de él giró hacia ella. “¿Qué...?”.

Ella pasó los brazos sobre los hombros de él desde atrás y recurrió a su mejor susurro provocativo. “Olvida la conciliación trimestral. Hagamos el amor”.

Él volvió a girar hacia la pantalla con un gruñido evasivo.

Ella abrió los dos botones superiores de la camisa de él y deslizó sus manos hacia adentro. Su pecho desnudo se sentía tibio debajo de sus manos frescas. Ella apretó sus senos contra la espalda de él e hizo girar su lengua dentro de su oreja.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

